

Un jaenés ilustre, ministro de dos califas

(Hasday ibn Saprut)

Por David GONZALO MAESO

POR vez primera me cabe el honor de presentarme ante vosotros en esta embajada de cultura que anualmente envía a Jaén, como a otras ciudades de este distrito docente, la Universidad de Granada, cumpliendo de esta manera uno de sus altos fines, cual es la expansión de la cultura, que no es coto reservado a las aulas universitarias, sino patrimonio univereal de todos los ciudadanos.

Por otra parte, me es grato secundar modestamente los beneméritos esfuerzos que realiza este Instituto de Estudios Gienenses en pro de la investigación y de un más perfecto conocimiento de los valores culturales, históricos, literarios y de todo orden vinculados a la ciudad de Jaén y su región. Por esta razón he querido proponer a vuestra consideración un tema de interés local, en consonancia además con la disciplina que profeso, trayendo a la memoria un personaje ilustre, de primera fuerza, que tuvo su cuna en esta ciudad, hace diez siglos y medio, y que, apenas conocido hasta hace unos cien años (1), aún hoy día es familiar solamente a un reducido número de especialistas

en la historia y cultura de la España judaica medieval, y a lo sumo al selecto grupo de arabistas. Voy a hablaros de Hasday ibn Saprut, poderoso ministro y brazo derecho, cuando no cerebro inspirador, del insigne fundador del Califato cordobés, 'Abd al-Rahman III —a quien ignoro por qué se olvidó la Historia de otorgarle el título de "Grande", ya que lo fué en toda línea—, y de su hijo y sucesor Al-Hakam II, pacífico e inclito propulsor de las letras y las ciencias, que tanta gloria añadieron a la grandeza política del Califato.

Yo no encuentro símbolo más adecuado para representar a este varón extraordinario que el escudo de esta su ciudad natal, acuartelado en oro y gules, con castillos y leones. El fué como un castillo roquero, de incommovible y majestuosa serenidad entre los vaivenes de la política y el bullicio de la corte, y un león por su regia majestad, su nobleza, energía y dinamismo no exento de felina astucia. El oro de sus brillantes y eminentes dotes —imperio y sabiduría entremezclados— y el rojo heráldico (gules) de la púrpura imperial entre cuyos destellos vivió lo principal de su vida, confieren una prestancia de real majestad a este ministro de dos preclaros soberanos, del cual bien podemos decir, y con la máxima significación: "donde él está, sólo los reyes entran".

Un salto atrás de nada menos que un milenio en la historia nacional y de la cultura, requiere el adecuado encuadramiento; por eso me parece conveniente dibujar a grandes rasgos el panorama político de la España musulmana, escenario de la vida y actuación de nuestro héroe, y en particular de Jaén, así como también esos núcleos de tan singulares características, que ejercieron poderoso influjo en la España medieval, tanto musulmana como cristiana, y de cuyo seno surgieron no pocos ilustres personajes, que brillaron en todas las esferas, entre ellos nuestro Hasday. Ya adivináis me refiero a las comunidades israelitas, asentadas en nuestra patria, que vino a ser la suya, desde los tiempos del rey Salomón, según testimonio fehaciente del Libro de los Reyes (I Re. 10²²).

No ha de sernos difícil, por otra parte, esa evocación del Medioevo hispano-musulmán en esta ciudad, pues como ya han hecho notar algunos escritores y visitantes en sus descripciones o notas de viaje, el silencio y recogimiento de sus calles y placetas,

junto con los recuerdos que parecen flotar misteriosamente en el trasfondo de su alma —también las ciudades tienen alma—, sugieren fácilmente la idea de la antigua población mora y judaica que en ella moró durante luengos siglos.

* * *

No hay noticias especiales relativas a esta ciudad durante el medio siglo que duró el Emirato dependiente ni a lo largo del principado de los omeyas independientes hasta el último decenio del siglo IX, en que Jaén sufrió azarosas alternativas, ora bajo el dominio de Abd Al-lah ben Muhammad I (888-912), último soberano del Emirato independiente, ora bajo el de su terrible enemigo, el heroico Umar ben Hafsun, inclito campeón del partido español, o bien de sus aliados. Hallábase el Emirato a la sazón (891) en trance de lamentable desmembración, y en inminente riesgo de convertirse en un régimen tribal. Poderosos señores pugnaban por sustraerse a la autoridad del emir; así, en Jaén dominaba Malahi, y los señores de esta provincia eran aliados de Ibn Hafsun. Tras no pocos esfuerzos logró Abd Al-lah hacerse dueño de la situación, y después de la batalla librada el 16 de Abril de ese año junto al castillo de Poley, varias ciudades se le sometieron, entre ellas Jaén. Al año siguiente el indómito Umar obtiene algunos éxitos guerreros, y luego de aniquilar a los árabes de Granada, se apodera de Jaén. En los albores del siglo X (902) volvióse a encender la guerra, y Abd Al-lah consiguió repetidas victorias, con lo cual se le rindieron Jaén, Cañete y Baeza. El año 912 muere Abd Al-lah y le sucede su nieto Abd al-Rahman III, de ilustre memoria, el cual emprende afortunadas campañas contra los cristianos logrando fijar sus fronteras en la barrera infranqueable del Duero. Derrota asimismo al ejército de Ben Hafsun, el cual muere en 917, y diez años después (928) expugna la formidable fortaleza de Bobastro, terminando así el poderío de los últimos partidarios del famoso caudillo. Libre ya de enemigos internos y temido de los cristianos, que no cesaron de hostilizarle, Abd al-Rahman III se proclama califa el año 929.

En los vastos dominios del Califato, que abarcan toda la Pe-

nínsula Ibérica, excepto el rectángulo comprendido entre el Duero y el Mar Cantábrico, la cordillera Ibérica y el océano Atlántico, aparte de las estribaciones del Pirineo, Jaén es como una avanzada de Córdoba, la corte califal, en dirección a las costas levantinas, como Sevilla lo es hacia las del Atlántico, y Málaga y Almería, los bastiones de califato en las costas meridionales.

Al derrumbarse la magnífica obra de Abd al-Rahman III, a fines del primer tercio del siglo XI, surgieron entre sus grandiosas ruinas numerosos estados minúsculos: es el conocido periodo de Taifas. Jaén perteneció primeramente a los soberanos esclavos de Murcia y Almería; mas no tardó en caer bajo el dominio de los reyes ziríes de Granada, cuya taifa tanto se engrandeció por obra del visir de dos monarcas, el judío Semuel ibn Nagrella, y bajo su jurisdicción se encontraba al adueñarse de la España musulmana los almorávides en las postrimerías del siglo XI. Cien años después, derrocado el imperio almorávide allende (desde 1146) y aquende el Estrecho (en los decenios sucesivos), toda la España musulmana era almohade.

Cuando ya declinaba la estrella de los "unitarios" —eso significa *almohades*—, después de la memorable batalla de las Navas de Tolosa (1212) y se iba disgregando aquel imperio, tan vasto como inconsistente, que abarcaba todo el Norte de Africa y gran parte de la Península, Muhammad Abú Abd Al-lah al-Ahmar, que había recogido la herencia del fundador de la dinastía nazari de Granada—Yusuf ben Nasar, de infortunado sino—apoderóse de Jaén en el año 1232, que de esta suerte quedó vinculado al reino de Granada. Pero esta anexión duró poco, puesto que doce años después, Fernando III, en su avance arrollador, a fin de no dejar enemigos a su retaguardia izquierda, al preparar su ataque a Sevilla, juzgó conveniente adueñarse de ese importante punto de apoyo, y se apoderó de la plaza de Jaén (1246), incorporada así a la corona de Castilla. Allí le prestó homenaje el monarca granadino antes citado, (2) declarándose tributario del Rey Santo, y hasta le ayudó en sus próximas expediciones. Desde entonces Jaén figurará en la serie de reinos, principados y señoríos de los reyes castellanos.

Mas no acabaron con esto los azares de Jaén en la historia de la Reconquista. Los reyes de Granada, deseosos de engastar

nuevamente esa perla en su corona, realizaron repetidos esfuerzos para reconquistarla, y la sitiaron muchas veces. En 1368 consiguen tomarla, y, recuperada después por los cristianos, volvió a la carga el monarca granadino en 1407 con tan poderoso ejército que faltó poco para expugnarla. Todavía a mediados del siglo XV (1449) sufrió un nuevo ataque de los granadinos, que llegaron a devastar los arrabales.

Esta es en breves pinceladas la historia política de Jaén durante los siglos de la dominación musulmana.

Pero volvamos nuestros ojos a ese período esplendoroso, el milagro del califato cordobés, en que tan alto rayó la cultura hispano-árabe por obra de dos nobles soberanos: el uno guerrero, emprendedor, genial organizador, Abd al Rahmán III, que rió los destinos del Islam español durante medio siglo (912-961), y el otro, su hijo Al-Hakam II, pacífico y amante de las letras, que en el espacio de tres lustros (961-976) y aun antes de su ascenso al trono, dió gran impulso a las ciencias y las letras. En cuanto al "reinado" de Abú Amir Muhammad, el célebre Almanzor (*al-Man'súr bil-lah*, "el Victorioso por Dios", título que él se adjudicó) —él fué en realidad quien imperó durante los últimos quinquenios del siglo X, y con honores propios de la realeza, en vez del inepto califa Hisam II, que ocupa el trono—, a pesar de las victoriosas campañas realizadas contra los cristianos, desde Barcelona a Santiago de Compostela, más bien debe considerarse como el principio de la decadencia, que se precipitó vertiginosamente entre luchas intestinas y estertores de muerte durante todo el primer tercio del siglo siguiente. Centremos, pues, por unos instantes nuestra atención en los dos primeros califas, cuyo brazo derecho fué Hasday ibn Saprut, para ocuparnos en seguida de la personalidad y destacada actuación de este ínclito personaje.

La enérgica acción pacificadora y de unificación de unos Estados que se cuarteaban, las campañas guerreras contra los enemigos fronterizos, la intensa labor política y el impulso extraordinario dado a las artes de la paz, labraron la grandeza del califato durante el medio siglo que dura el reinado de Abd al-Rahmán III, el más glorioso de los soberanos omeyas y aun de todos los que imperaron en la España musulmana. El sabio

orientalista R. Dozy, tras una brillante descripción, con sorprendentes detalles, del esplendor de Córdoba y de la corte califal en tiempos del fundador del Califato, concluye su juicio acerca del mismo en estos términos:

“Pero cuando se estudia este glorioso reinado, aún más admiración que la obra en sí misma suscita el autor, el poder de esa inteligencia universal a la que nada pasaba inadvertido, y que tan admirable se mostraba en los más pequeños detalles como en las concepciones más sublimes. Este hombre fino y sagaz, que centraliza, que instaura la unidad de la nación y del Poder, que establece con sus alianzas una especie de equilibrio político, que en su amplia tolerancia llama a sus consejos a hombres de otra religión, es un verdadero monarca de los tiempos modernos, más bien que un califa medieval.” (3).

Su hijo y sucesor Al-Hakam II fué ante todo eminentísimo Mecenas y propulsor sin igual de la cultura: es el caso tan frecuente de un soberano “sabio”, hijo de un rey guerrero y organizador. Dozy, como complemento del esplendor político y social de la corte del Califato en el reinado anterior, nos da copiosos detalles, que suelen reproducir los autores, acerca de la ingente labor cultural y de instrucción realizada por Al-Hakam II. Tales son: los cuatrocientos mil volúmenes que, si hemos de creer a algunos cronistas, formaban la gran biblioteca real, cuyos catálogos llenaban cuarenta y cuatro cuadernos —de veinte hojas según unos, de cincuenta según otros— solamente con los rótulos de las obras; el enjambre de copistas, encuadernadores, iluminadores, etc., que pululaban por las salas de palacio; los numerosos agentes comisionados en El Cairo, Bagdad, Damasco y Alejandría, para copiar, buscar y adquirir a cualquier precio los libros raros y preciosos... La Universidad de Córdoba era a la sazón una de las más renombradas del mundo, y la instrucción se hallaba muy difundida. “En Andalucía—dice Dozy—casi todos sabían leer y escribir, mientras que en la Europa cristiana no sabían ni aun las personas de más alta categoría, a menos que perteneciesen al clero.” Por lo que se refiere al soberano, Al-Hakam II conocía mejor que ninguno la historia litera-

ria, y prueba de ello es la autoridad de que sus referencias han gozado entre los sabios andaluces.

Es general tendencia entre los hombres, cuando se enjuicia la historia de los pueblos —*res gestae regumque ducumque*— centralizar los éxitos, como también los desastres, en una persona como cabeza visible y rectora de la nación. Pero, por destacada y hasta absorbente que sea la intervención de un soberano o caudillo en los asuntos públicos, forzosamente necesitan muchos y selectos auxiliares; de la valía personal de éstos depende en gran parte el éxito de las empresas y la buena marcha del gobierno. ¿Cuáles fueron los poderosos auxiliares y eficientes ministros del genial fundador del califato y de su sabio sucesor? Hay uno que se destaca entre todos, como el ciprés entre los arbustos, al que en justicia compete porción no exigua en las glorias del Abd al-Rahmán en el orden político y diplomático, y en las de Al-Hakam en las nobles tareas de la cultura: es el personaje de quien voy a hablaros, el judío giennense Hasday ibn Saprut. Pero antes digamos algo de su estirpe.

* * *

Desde muchos siglos antes de la Era cristiana se acusa en España la presencia de comunidades hebreas, que se acrecentaron notablemente después del año 70, al derrumbarse la nación judaica al empuje de las legiones de Tito, y del 135, tras el fracasado intento de reconstrucción de esa nacionalidad por obra del atlético pseudo-mesías Barcoquebas.

Después de las vicisitudes de próspera y adversa fortuna bajo los visigodos, abrióse para los judíos una era de tranquilidad al advenimiento de los invasores árabes, a quienes ayudaron en su empresa.

Bajo el reinado de los *omeyas* gozaron de paz y prosperidad; su influencia en todos los órdenes, político, financiero, intelectual y social fué creciendo de día en día, lo mismo durante el Emirato independiente que bajo el Califato.

Durante el período de *Taijas* aún fué mayor su preponderancia, pues en casi todas esas pequeñas y bulliciosas cortes había algún destacado personaje de estirpe judaica. Los *almorávi-*

des, salvo casos esporádicos, no persiguieron a los judíos; prefirieron aprovechar sus buenos servicios, principalmente como hacendistas y recaudadores, y cobrarles a precio de oro el derecho a la tranquilidad. En cambio los *almohades*, a impulso de un fanatismo devastador, los pusieron en la alternativa de convertirse al Islam o emigrar, so pena de muerte. En consecuencia, desde mediados del siglo XII se despueblan las aljamas hebreas del Sur de la Península y se acrecientan las comunidades establecidas en Castilla y demás reinos cristianos peninsulares. Sin embargo, el éxodo de los judíos afincados en los dominios de la Media Luna no fue completo: hasta el final de la Reconquista perduraron importantes núcleos en tierras musulmanas de Andalucía.

Tal ocurrió en Jaén, donde en el siglo XIII, al caer bajo el dominio cristiano por obra del Rey Santo (1246), radicaba una floreciente comunidad, que se mantuvo hasta fines del siglo XV, a pesar de los rigores de las persecuciones de 1391 y la aún mayor de 1473, en que fueron asesinados muchos judíos y criptojudíos (4). Víctima de las iras del populacho en tal ocasión fué el condestable Miguel Lucas de Iranzo, que al tratar de ampararlos fué muerto en una iglesia. En 1368, reinando en Castilla el judeófilo Pedro I el Cruel, quiso el octavo soberano nazarí Muhammad V trasladar de grado o por fuerza, al posesionarse de la ciudad de Jaén, más de trescientas familias israelitas al territorio de Granada, lo cual demuestra, por una parte, la estima en que el granadino tenía a la población judía como factor de riqueza y prosperidad, no sólo para aumentar los ingresos del erario, sino como elemento productor, y, por otra, la importancia de la población hebrea en tierras giennenses. No era menor la consideración que reyes y magnates de los reinos cristianos mostraban a los judíos, aunque el pueblo, como ocurría entre los musulmanes, los odiara, por múltiples razones, no todas nobles ni desinteresadas.

Tras esta fugaz ojeada histórica sobre el panorama plurisecular de la España musulmana, los azares de Jaén en los siglos de la Reconquista y la presencia de los judíos en esta ciudad —consideraciones que nos sirven de marco histórico para el desarrollo de nuestro estudio—, centremos ya nuestra aten-

ción en el personaje extraordinario de estirpe hebraica, cuya semblanza y trascendental relieve vamos a bosquejar.

* * *

Nada apenas se sabe de la infancia y juventud de Hasday ibn Saprut. Los autores antiguos que de él se ocupan nos le presentan ya gozando de la privanza en la corte, que conservó hasta su muerte; coinciden, no obstante, en afirmar que era natural de Jaén, donde su padre Ishaq se había establecido. "El lugar de su origen fué Jaén, y el de su grandeza, Córdoba", dice Mosé ibn Ezra en su *Libro de Poética* que tan interesantes noticias nos da respecto a los hombres de letras hispano-judíos que le precedieron (5).

Del padre de Hasday consta era amante de la cultura y amigo de algunos correigionarios que manejaban el hebreo con cierta elegancia. Graetz dice de él: "Era rico, liberal y en cierto grado un Mecenaz. Su hijo heredó de él el amor a la ciencia y el digno empleo de la riqueza". (*Ob. cit.* III, cap. VII, ed. inglesa, 1941).

No consta florecieran en Jaén por aquel entonces ni durante los cinco siglos que duró la hegemonía literaria de la España judaica, grandes Academias con honores de Universidades, como las de Córdoba y Lucena, ni tampoco que se agruparan aquí en torno a conspicuos hombres de letras o generosos Mecenaz, como en Zaragoza y Granada, animosos aspirantes al lauro de la inmortalidad, poetas, filólogos, escriturarios, filósofos, talmudistas. Pero sin duda existían, según tradicional costumbre fielmente observada por los judíos en todos los tiempos y países, desde siglos antes de la Diáspora, escuelas de iniciación en la lengua santa e interpretación del texto bíblico en la "verdad hebraica", juntamente con las demás disciplinas correspondientes a su primer grado de enseñanza y aún a la secundaria.

También los musulmanes tenían sus centros docentes de idéntico y aún superior nivel en poblaciones de la categoría de Jaén, a los cuales concurrían los niños y adolescentes hebreos juntamente con los demás, puesto que la lengua vernácula de aquéllos era la oficial y común para todos, el árabe. El beneficioso resul-

tado de esta enseñanza dúplice recibida por los judíos les confirió una formación intelectual realmente superior, como se manifiesta en toda la historia de la España judeo-árabe. Hasday ibn Saprut hubo, pues, de recibir en sus primeros años esa instrucción arábigo-hebraica, como base para ulteriores estudios.

Pero a buen seguro que en su talento excepcional, sus ansias de saber y posiblemente las aspiraciones que encerraba su alma grande le impulsaron hacia aquella "casa de las ciencias", *dar al-'ulum*, que durante el siglo X fué la capital cordobesa, si ya no es que su padre, por otras razones, se había establecido allí siendo todavía de pocos años joven estudiante.

Mientras Abd al-Rahman III en los diecisiete primeros años de su reinado que precedieron a su encumbramiento a la dignidad califal hallábase empeñado en rudas campañas bélicas, hasta la total pacificación de sus estados, su futuro ministro Hasday adquiriría una preparación sólida y variadísima que años después había de capacitarle para el desempeño de su arduo y múltiple cometido, sólo posible en quien, como él, reuniera tan preclaros talentos y múltiples aptitudes.

Durante esos años precisamente ocurrió un suceso providencial, unido a otras concausas que hizo alborear en breve tiempo una verdadera edad de oro de las letras hispano-judaicas, al par que un renacimiento científico y literario, cinco siglos antes del Renacimiento europeo. De este fausto acontecimiento se benefició largamente en su formación intelectual Ibn Saprut. Cuenta Abraham ben David en su *Libro de la tradición* que años después de la muerte del famoso Sa'adyá ha-Gaón (912), presidente de la Academia de Sura (Mesopotamia) y figura la más destacada del judaísmo oriental durante los cinco siglos que siguieron a la clausura del Talmud babilónico, dicha Academia, ya a la sazón en franca decadencia, al igual que las demás de Oriente, envió a Occidente cuatro de sus más distinguidos doctores, para recabar ayuda pecuniaria de sus correligionarios encaminada a levantar el prestigio de aquella célebre Academia. Embarcáronse en el Mediterráneo, pero naufragaron en las costas de Italia; y el almirante Rumahís, jefe de la flota califal, los apresó y dispuso fueran vendidos como esclavos. El más eminente de esos cuatro maestros era R. Mosé ben Hanok,

el cual fué llevado a Córdoba. Conocedora la pudiente aljama cordobesa de las grandes prendas y alta sabiduría de R. Hanok le rescató y no tardó en ser colocado al frente de la Escuela rabínica de la corte califal, que merced al impulso de este sapientísimo doctor adquirió una categoría excepcional. Discípulo aventajado del mismo fué Hasday ibn Saprut, el cual a la sombra de tan prestigioso maestro acrecentó notablemente su cultura.

Dominaba, además del árabe, su lengua nativa, el viejo idioma bíblico, el latín, que entonces era idioma oficial e internacional de los países cristianos, y el incipiente romance castellano. Sobre todo ganó fama muy pronto de médico peritísimo, y, como dos siglos y medio después ocurría a Maimónides en la corte de Saladino, tal vez fué esta excelencia la que primeramente contribuyó a franquearle las puertas de los magnates árabes y del mismo palacio califal.

¿Cuándo aparece Hasday en la corte de Abd al-Rahmán? Muy joven aún sin duda, si tenemos en cuenta que no escaló las gradas del valimiento cerca del poderoso califa bajo los auspicios de ningún pariente próximo o lejano, como a menudo ocurre entre los palaciegos, sino por su propia valía. Aunque ignoramos la fecha exacta de su introducción en palacio, si tenemos en cuenta que ya aparece con ocasión de la embajada del emperador bizantino, de que después hablaremos, efectuada el año 944, y que nacido en 815, contaba a la sazón veintinueve años, siendo de suponer ya llevara algún tiempo ejerciendo el cargo de secretario de cartas latinas que le confirió el califa, llegaremos a la conclusión de que alrededor de los veinticinco años es cuando dió comienzo su estupenda carrera político (circ. 940). "Sus dulces y delicadas maneras —escribe Amador de los Ríos—, su palabra fácil y agradable, la amenidad substancial de su conversación, todos los accidentes, en fin, de un talento superior y de su carácter tan franco como perspicuo, le ayudaban a conquistar el afecto y la consideración del soberano, quien tampoco tardaba en descubrir en él un verdadero hombre de Estado" (I, p. 145).

Durante seis no interrumpidos lustros, hasta su muerte, acaecida en 970 (6), desplegó las más variadas actividades como médico, director general de aduanas, secretario de cartas, in-

térprete, diplomático, etc., en la corte califal, gozando de la omnímoda confianza de dos soberanos, universalmente respetado y estimado por los musulmanes, a pesar de su stirpe judaica y amado como un padre por sus correligionarios.

Bastarían estas consideraciones para demostrar las relevantes cualidades de Ibn Saprut, su tacto exquisito, su habilidad maravillosa. Una corte es siempre semillero de intrigas, envidias y bajas pasiones, que acaban por derrocar al hombre de más valía, aunque se imponga por su talento, si carece de la sagacidad y recursos imprescindibles para navegar sin temor y con gloria por ese turbulento y proceloso mar. Claro está que la seguridad de la privanza ante un soberano inteligente y enérgico es como hallarse bajo firme baluarte; más, así y todo, altas torres han caído con estruendo en los alcázares reales, como atestigua la Historia de los tiempos. Hasday se mantuvo inmovible hasta su muerte, bajo el reinado de dos ilustres monarcas.

La figura polifacética de Hasday ibn Saprut debe estudiarse por facetas, para su mejor y más completa comprensión. Ocho son las que de modo especial queremos destacar, analizándole sucesivamente como: I hombre de letras, II poligloto e intérprete, III médico y farmacéutico, IV secretario de cartas, V estadista, VI diplomático, VII financiero y VIII Mecenas propulsor y amparador de la cultura.

Privilegio excepcional de los grandes hombres es el ostentar en sí, reunidas como en un haz luminoso y en grado superlativo las cualidades sobresalientes de su raza: son los llamados hombres representativos. Hasday lo es de un modo eminente, y queremos destacar ese aspecto al estudiar cada una de sus facetas.

I.—HOMBRE DE LETRAS

DOS fuerzas han sostenido la vitalidad de Israel disperso entre las naciones: en primer término, su arraigada espiritualidad fundada y fomentada por ese Libro inmortal que ha sido el alcázar de sus ascensiones a lo infinito: la Biblia; y

en segundo lugar, su levantado idealismo, su afán insaciable de cultura.

Hasday, como dejamos indicado, se educó desde la infancia en el amor de las letras y las ciencias, y tanto aprovechó en ellas su preclaro talento, que llegó a adquirir una instrucción tan profunda como universal. Los varios idiomas que poseía, poderosos instrumentos de ilustración y encumbramiento en todas las épocas, y más a la sazón; el perfecto conocimiento de la lengua, literatura, estilística y epistolografía árabe; el dominio de las ciencias físico-naturales, señaladamente las del campo médico-farmacéutico, que tanta autoridad han dado siempre, máxime entre los árabes y hebreos; y, finalmente, su profunda ilustración en la enciclopedia talmúdica, todo ese cúmulo de saberes otorgaba a Ibn Saprut una autoridad indiscutible de hombre excepcional, apto para las más variadas funciones, los más arduos y delicados cometidos.

Como hombre de confianza del califa pudo tratar con los más heterogéneos personajes mostrando siempre una superioridad indiscutible, que dimanaba de su vasta ciencia y múltiples conocimientos, como también de los variados talentos que habían hecho posible esa superior formación intelectual.

Por un prejuicio demasiado extendido hoy día nos parece apenas merece el honroso título de hombre de letras, al menos de alto rango, quien no haya legado a la posteridad algunos libros. Sin embargo, lo mismo el magisterio que cualquier otra forma de transmisión de la ciencia se puede ejercitar de diversos modos, y múltiples fueron los que Hasday tuvo a su alcance y empleó en bien de la difusión y ampliación de la cultura, no siendo el menor su espléndido mecenazgo. Recordemos que si *inter arma silent musae*, aún más suelen callar las musas, es decir la ciencia pura y las altas lucubraciones intelectuales —excepciones aparte— en el ámbito enmarañado y falaz de las regias cancellerías o las cortes de los grandes Estados, sobre todo en las personas que llevan sobre sí la responsabilidad de esa ingente máquina burocrática. Tal fué el caso de Hasday, sin que ello aminore un ápice la excelsa consideración a que es acreedor como hombre de letras. Aparte de que, si no dejó obras originales, tuvo intervención capital en una traducción

que, como en seguida veremos, revistió trascendental importancia en el progreso de la ciencia médica en la España musulmana.

II.—POLIGLOTO E INTERPRETE

HOY día cualquier judío medianamente culto, y todos sin excepción de edad, condición y sexo en los países bilingües, conocen varias lenguas, como ocurre en Marruecos. Casi diríamos que el judío es poligloto por definición. En la Edad Media ya ocurría en España lo que hoy es corriente en Marruecos, y entre los relevantes servicios que los judíos prestaron a los almorávides y los benimerines, al igual que antes a los árabes invasores, como también a los reyes cristianos, ocupa un lugar destacado su actuación como intérpretes y traductores. No deja de ser curioso, sin embargo, recordar la observación que Flavio Josefo (s. I de nuestra era) formulaba respecto a la natural rudeza de sus compatriotas para el aprendizaje de las lenguas; pero la adaptación al medio ambiente y sus peculiares condiciones desarrolló esa aptitud y tantas otras, como el espíritu comercial, en la dinámica raza judía.

Hasday ibn Saprut debió parte de su encumbramiento en la corte de Abderrahmán a su dominio de varias lenguas, a la sazón tan necesarias para las relaciones diplomáticas del Califato con otros Estados. Conocida su pericia en este terreno y su talento, el califa le hizo su intérprete, con lo cual estuvo pronto en condiciones inmejorables para ganarse la confianza del soberano e imponerse en los secretos de Estado.

Su lengua nativa, como la de los demás judíos radicados en países islámicos, era el *árabe*, que dominaba con toda maestría y elegancia. Por otra parte, amante cual ninguno de las tradiciones y cultura de su pueblo, vinculada a la lengua *hebrea*, conocía perfectamente este idioma, lo mismo en el viejo paradigma bíblico, áurea llave para adentrarse en el místico Edén del Viejo Testamento, que en el llamado neo-hebreo, misnaico o rabinico, en el que desde hacía mil años se había ido creando una copiosa y variada literatura en las Academias de Oriente.

También adquirió sólido conocimiento del *latín*, que durante toda la Edad Media siguió siendo la lengua sabia, vehículo de la filosofía, las ciencias y aun en gran parte de las letras, amén de ser la lengua litúrgica y oficial de la Iglesia católica romana. En fin, tampoco era ajeno al espíritu abierto y comprensivo del sabio judío el conocimiento del *romance* que empezaba a balbucese en Castilla y tierras del Norte, y que aun tardaría tres siglos en adquirir la consistencia y robustez necesarias para llegar a ser la lengua oficial, proclamada como tal por el Rey Sabio. Tal competencia le fué de gran utilidad en las delicadas negociaciones que personalmente realizó en Navarra, por encargo de Abd al-Rahmán, con Sancho el Craso y su abuela la reina Tota, y antes y después de eso como intérprete del califa en sus frecuentes relaciones con los cristianos. "Il pariait fort bien la langue des chrétiens", dice Dozy (*Ob cit.* libro III, p. 169).

Prestó un señalado servicio a la ciencia traduciendo del latín al árabe el famosísimo tratado de materia médica que escribió Dioscórides (s. I d. C.), a base de la versión latina efectuada del original griego por el monje Nicolás, llegado con tal misión a Córdoba el año 951. Ese manuscrito, interesado ante la corte bizantina por el Colegio médico de Córdoba, había sido enviado como precioso regalo en la embajada que Constantino VIII, emperador de Constantinopla, envió dos años antes (949) al califa de Córdoba. Ni que decir tiene que Hasday pudo retraducir al árabe dicha obra no solamente por su perfecto dominio del latín, sino también por sus sólidos conocimientos en Medicina y Farmacología.

III.—MEDICO Y FARMACEUTICO

LA Medicina, tan honrada en el Antiguo Testamento como ciencia y en la persona de los médicos (7), que en un principio eran los mismos sacerdotes, fué una profesión favorita de los judíos medievales y de siglos posteriores en todos los países. El gran investigador Steinschneider compuso un

elenco de más de dos mil médicos judíos notables. Esta meritísima actividad, unida a su probada pericia y honorabilidad, abrió a muchos personajes de estirpe hebraica los palacios de magnates y monarcas. Era una rama importantísima en la educación de los judíos, y poetas de altos vuelos como Yehudá ha-Leví, en Toledo, filólogos y escriturarios como Yoná ibn Yanah, en Zaragoza, filósofos y talmudistas como Maimónides, en Egipto, simultanearon el cultivo de las letras y las ciencias con el ejercicio de la Medicina. Ibn Saprut se dedicó a ella con entusiasmo desde su juventud, y, hombre superior en toda línea, pronto se destacó por sus grandes conocimientos y pericia en el arte de curar. Medicina y Farmacología, de evidente relación entre sí, aunque bien diferenciadas por su objeto, eran inseparables en aquellos tiempos. Hasday era competentísimo en ambas, y hasta se le atribuye la invención de una droga muy eficaz en la elaboración de la *triacca* (8). El veneno ha sido y sigue siendo uno de los terribles enemigos de los hombres; singularmente en los tiempos antiguos era el arma más aleve y peligrosa en manos de los traidores y regicidas. No hace falta, pues, ponderar la importancia que un eficaz antídoto representaba, y el prestigio que alcanzaría el poseedor de tal secreto, capaz de salvar la vida de un soberano y ponerle a cubierto de tan aterradora amenaza.

En la vida de nuestro personaje sus dotes y conocimientos se proyectan sobre sucesos históricos, a veces de gran resonancia, en los que intervino decisivamente y como agente principal. Tal ocurrió con la maravillosa curación que llevó a cabo en la persona de Sancho el Craso, a quien libró de la ridícula y exagerada obesidad que le había hecho perder el trono. "Tanto había por desgracia crecido su rara obesidad —escribe Amador— que reputándola ostensiblemente los próceres del reino incapacidad bastante para la gobernación de la república, habían acabado por despojarle de la corona, lanzándole del territorio leonés con verdadera afrenta." (Loc. cit.) En su lugar, dicen los cronicones, "regem Ordonium *Malum* elegerunt".

Acogióse el destronado monarca bajo el amparo de su abuela, Doña Tota, madre del rey Don García de Navarra, la cual gobernaba este reino en nombre de su hijo, aun cuando ya éste

había alcanzado hacia tiempo la mayoría de edad. Sabiendo esta ambiciosa y altiva mujer que en Córdoba había muy buenos médicos, concibió el proyecto de recabar al mismo tiempo que los auxilios facultativos para remediar la causa del destronamiento y la repulsa de los nobles hacia la persona de Sancho el Craso, la ayuda bélica necesaria para reponerle en el trono. Dando, pues, al olvido sus sentimientos de odio inveterado contra los infieles, envió a Córdoba una embajada con esa doble misión, que fué benignamente acogida por el califa, el cual mandó a su médico y ministro Hasday a Navarra para ultimar el asunto.

El sagaz diplomático, después de ganarse la confianza de Don Sancho y de su influyente abuela Doña Tota, les manifestó que Abd al-Rahmán exigía como pago a sus servicios la entrega de diez castillos. A todo se avino el infortunado ex-rey, a trueque de verse vengado y repuesto en el trono. Manifestóle además el enviado del califa que la curación habría de efectuarse en Córdoba, a donde se trasladarían Don Sancho, Doña Tota, iniciadora y alma de aquel convenio, y el rey Don García, como fiador.

Triunfal fué el regreso a Córdoba del ministro de Abd al-Rahmán, acompañado de estos tres regios personajes, con numeroso cortejo de magnates y prelados. Halagaba extraordinariamente la vanidad del califa verlos postrados humildemente a sus pies, implorando su ayuda y el apoyo de sus armas. En breve tiempo consiguió Hasday curar a Don Sancho de su obesidad, con lo cual quedaba cumplido el primer punto del convenio. Inmediatamente siguió la realización del segundo, pues “el hijo de Ramiro, al frente de un grueso ejército sarraceno —*innumerabili exercitu* (según el *Cronicón* de Sampiro)— penetraba en aquellas mismas regiones que había arrebatado su heroico padre al yugo del Islam, restituyéndose al cabo, bien que no sin resistencia, en el trono por él deshonrado.” (Amador, I, página 157).

El citado *Cronicón*, y, copiándole, el Silense, explican la curación en estos términos: “Agareni herbam attulerant et crasitudinem abstulerunt a ventre eius, ad pristinam levitatis astuciam reductus”; pero el a f o r t u n a d o realizador de tan estu-

penda curación no fué otro que el médico judío, desconocido de los historiadores cristianos. Pocos casos en verdad podrán contarse en la historia de la Medicina comparables a éste por las circunstancias en que se llevó a cabo y las consecuencias que del mismo se derivaron.

IV.—SECRETARIO DE CARTAS

EL primer cargo que al joven Hasday confirió Abd al-Rahmán, deseoso de poner *the right man on the right place* fué el de Secretario de cartas latinas, puesto que anteriormente había desempeñado algunos doctos mozárabes, como el abad Sansón. Un cargo de tal importancia y responsabilidad conferido a un joven de 25 años demuestra sobradamente el profundo conocimiento que Hasday poseía de la lengua latina, raro en verdad fuera de los mozárabes en la España musulmana. Sin duda alguna tenía el clarividente califa óptimos informes acerca de la valía y prendas del hebreo, puesto que no fué óbice su estirpe y religión para otorgarle semejante distinción. Es lícito suponer que la creciente confianza de que fué gozando ante el califa y el perfecto conocimiento que Hasday tenía de la lengua, estilo y literatura arábica le convertirían pronto en una especie de Secretario general o Jefe del Gabinete diplomático, toda vez que al poco tiempo le vemos acompañar como delegado especial del soberano a los enviados del emperador de Constantinopla.

No es menester ponderar la soltura y expedición con que Ibn Saprut manejaba toda clase de documentos de tan vario origen, naturaleza, estilo y caligrafía que a diario llegaban a las oficinas de la corte. Si la elegancia caligráfica y estilística de otro judío, Semuel ibn Nagrella, fué la causa primera, medio siglo después, del encumbramiento de éste y ocasión para que revelara sus eximios talentos y llegara a ser visir del reino de Granada, quizá semejantes cualidades también coadyuvaran con las demás a la rápida carrera ascensional de Hasday. No olvidemos que en los siglos medievales —para no hablar de tiem-

pos más remotos— era no sólo posible sino frecuente que un rey, y hasta un gran rey o emperador, ignorara incluso los rudimentos de la instrucción. Constituía, por lo tanto —aunque no fuera ése precisamente el caso de Abd al-Rahmán—, singular fortuna tener al frente de la real cancillería un hombre experto, con vista de águila, en tales menesteres. Hasday ibn Saprut reunía cualidades excepcionales para un cargo de esa naturaleza, en tan estrecha relación con los más graves asuntos y secretos de Estado.

V.—ESTADISTA

LA gloria principal de Abd al-Rahmán III no estriba en sus campañas guerreras, obligada premisa para su obra ulterior; su blasón más esclarecido consiste en la magna obra de paz, de cultura y engrandecimiento que a lo largo de seis lustros y medio supo después realizar.

Aunque el soberano árabe era de los que empuñaban por sí mismos con mano enérgica las riendas del Poder, es natural necesitara auxiliares eficientes. Cualidad necesaria en todo jefe, quizá aún más en lo civil que en lo militar, es el acierto en la selección de sus colaboradores, y ese don lo tenía el fundador del Califato. No fué pequeño regalo de la Fortuna el que encontrara en la persona del perspicaz y dinámico Ibn Saprut, un valioso instrumento que secundó hábilmente las geniales osadías que labraron la grandeza del Califato. Sin ostentar el título oficial de *visir*, él fué realmente ministro plenipotenciario del califa y su más estimado consejero. Ninguno mejor que él comprendió la alteza del pensamiento político de Abd al-Rahmán y secundó hábilmente sus planes. Fácil es a un hombre genial, sobre todo movido por la ambición, como Almanzor, sustituir a un rey que reina, pero es incapaz de gobernar, como Hísám II. Pero identificarse en la concepción de un Estado grande, en un ideal de esplendor cultural, literario y artístico, con un soberano de miras elevadas y convertirse en su brazo ejecutor y hasta en inspirador anticipado de grandiosas acciones,

implica un talento y habilidad mucho mayores, y hasta virtudes casi heroicas de abnegación y desinterés. Este es el caso precisamente de Hasday ibn Saprut, que manejó con habilidad suma las difíciles artes de la alta política y aun de las sutiles estrategias que pasan por moneda legal en el intrincado laberinto de las relaciones internacionales.

El conocía perfectamente la fuerza demoleadora del “divide y vencerás”, y a tal fin fué enviado a la corte de Ordoño III, en pugna con Sancho I, por el califa Abd de-Rahmán, seguro de que no faltarían al sagaz judío “recursos para encender entre ambos hermanos la ya anunciada guerra”. En efecto, pronto quedó ultimado un tratado de alianza, “destinado —dice Amador— a sembrar abundante cizaña en las tierras leonesas”. De esta suerte quedaría el soberano omeya libre de la amenaza de las armas cristianas, y en condiciones de poder frenar el creciente e inquietante poderío de los Fatimíes, que extendían su influencia por el Norte de Africa, como supone fundadamente Dozy.

La primera cualidad del gobernante, del estadista, es la previsión, para evitar los males e impulsar y favorecer los bienes, que en el avatar de la política se entrecruzan y luchan por aflorar al primer plano; y la segunda, la prudencia para emplear los medios adecuados a tal fin, eligiendo el momento, las personas, los medios y la medida. En el haber de un hombre de Estado tanto debe contar lo bueno y grande que haya conseguido realizar como lo malo y pernicioso que haya evitado. Sirva esto de refrendo a la apreciación de Hasday, tan hábil político como sagaz diplomático.

VI.—DIPLOMATICO

EN el difícil arte de gobernar a los pueblos y en el más árduo de llevarlos a la grandeza, Política y Diplomacia suelen ir del brazo; sin embargo, es evidente que implican conceptos netamente distintos. Refiérese la Política a la vida de los pueblos en sí mismos, su gobernación con sabias leyes y la

consecución de nobles ideales de paz, progreso, bienestar y cultura; la Diplomacia, en cambio, se orienta hacia las relaciones de unas naciones con otras y los principios y normas que las regulan. En rigor, se puede ser excelente estadista o gobernante sin ser propiamente un diplomático, y mucho más a la inversa.

Hasday fué lo uno y lo otro en grado eminente: en ambas esferas brilla como astro de primera magnitud. Aunque no fuera él quien directamente gobernaba, pues hombres de la talla de Abd al-Rahmán III rechazan por irradiación energética toda intromisión, sin embargo ya hemos visto la parte tan principal que cupo al inteligente ministro en el gobierno de la máquina estatal, y no sabemos hasta qué grado influirían las inspiraciones del sabio consejero en la orientación y marcha de los graves asuntos del Estado. Pero si tenemos en cuenta que "a pesar de la aparente complejidad de la organización administrativa y judicial en la España del siglo X, todos los poderes están en la mano de hierro del soberano o regente, y a él en definitiva corresponde toda autoridad, toda iniciativa, buena o nefasta, apenas templada por sus consejeros, más ansiosos y solícitos de agradar a su señor que de dictarle una conducta acertada". (10), convendremos en que Hasday tuvo más ancho campo de acción en la diplomacia que en el gobierno político directo.

Notorio y lamentable es el silencio de los cronistas árabes en la mayoría de los aspectos que atañen a los hombres conspícuos, judíos o mozárabes, que vivían en la España musulmana, singularmente los que se destacaron en puestos políticos o administrativos. No es de extrañar, por lo tanto, que, siguiendo su costumbre, apenas hagan alusión, por lo que a los reinados de Abd al-Rhamán III y Al-Hakam II se refiere, a los funcionarios cristianos o judíos; pero por eso mismo es más de admirar la excepción que hacen con Ibn Saprut. Sin embargo, estamos mejor informados a su respecto por los escritores judíos.

Un capítulo de subido interés en la historia de Abd al-Rhamán III representan las varias embajadas que envió a diversos soberanos y las que de ellos recibió, que tanto contribuyeron a llevar lejos de la Península el nombre esplendoroso del Califato cordobés. No temeríamos equivocarnos al afirmar que en gran parte fueron estas embajadas inspiración y obra del sagaz Ibn

Saprut. Su discreción, vasta cultura y cortesanías maneras cautivaron a los mensajeros de Constantinopla; y ya hemos visto el papel tan importante que desempeñó en esta ocasión.

Especial revuelo alcanzó la embajada que se cruzó entre el califa omeya y el emperador germánico Otón I, en la cual culminaron las dotes diplomáticas del perspicaz ministro. Había mandado Abd de-Ramán a dicho emperador una comisión portadora de un mensaje, en el cual, no sabemos por obra de quién pero hay razones para afirmar que no sería por sugestión del inteligente Hasday, se empleaban expresiones denigrantes para el cristianismo. Enojado el soberano hizo esperar a los delegados andaluces varios años antes de atenderles. Después envió él a su vez otra representación al poderoso califa, en la cual iba como presidente Juan de Goeritz (Johannes Gorziensis), que debía entregar al califa una misiva, en comprensible reciprocidad, cuajada de expresiones contra el Islam. Sospechando el agudo Abd al-Rahmán el contenido de tal documento, comisionó a Hasday para que se cerciorara, Y en efecto, al cabo de varios días de negociaciones con el jefe de la embajada obtuvo el sagaz judío la codiciada información. Abd de-Rhamán, pagando con la misma moneda que habían recibido sus emisarios, dejó pasar un año sin ánimo de otorgarles audiencia, y aun la habría demorado más si el astuto ministro no hubiera influido en el ánimo de Juan de Goeritz para que recabara de su soberano otro documento limpio de insultos, con lo cual no se enturbiaron las buenas relaciones entre ambos imperios ni se malogró el resultado de la embajada. El embajador cristiano regresó a su tierra tan pagado de la cortesanía y habilidad del ministro de Abd al-Rahmán que no se recató en afirmar que jamás había visto ni tratado a un hombre tan perspicaz y discreto como el judío Hasday ibn Saprut.

No repetiremos la decisiva intervención que tuvo en la embajada cerca de Ordoño III de León, por más que la inesperada muerte de éste (957) malograra en parte los resultados que se esperaban, como igualmente en la enviada y recibida con motivo de la planeada y conseguida reposición en el trono de Sancho el Craso, hermano y sucesor de dicho soberano. En ambas fue *pars magna* el astuto hebreo, que desplegó una astucia del más fino maquiavelismo.

Refiriéndose al segundo de dichos episodios dice Dozy: "No pudo recaer la elección en persona más apropiada. Hasday reunía todas las cualidades requeridas para tal misión: hablaba bien la lengua de los cristianos y era al mismo tiempo médico y hombre de Estado; todos alababan su ingenio, sus talentos, sus conocimientos, su gran capacidad". (Ob. cit. p. 169). Logró conquistar la confianza de Don Sancho, y, lo que era mucho más dificultoso, vencer la resistencia de la altiva Doña Tota, para que fuera a postrarse ante el califa en demanda de auxilio y protección. Esta segunda parte de su misión era la más delicada y espinosa; se precisaba mucho tacto y habilidad para triunfar. "Pero Hasday —dice el arabista holandés— tenía fama de ser el hombre más hábil de su tiempo, y supo justificarla. La orgullosa navarra se dejó vencer por el encanto de sus palabras, la fuerza de su sabiduría y el poder de sus mañas y artificios, en frase de un poeta judío de la época".

Todavía hay mención de otra embajada singular que Hasday organizó, esta vez más como judío que como ministro califal, aunque conjugando los altos intereses del imperio omeya con los ideales de su raza. Se impone un breve preámbulo.

Hacia el año 679 de nuestra Era ocurrió un suceso memorable en la historia religiosa de Israel, y fué la conversión al judaísmo del rey de los Cuzares o Cázaros, llamado Bulán, con todo su pueblo, de origen turco, radicado en la Rusia meridional, región del Ural (11). Obadiah, sucesor del mencionado Bulán, fundó sinagogas y escuelas judías e invitó a los hebreos a establecerse en el país.

Cerca de tres siglos habían transcurrido desde ese acontecimiento, cuando Hasday, siempre atento a todas las vibraciones del sentimiento religioso y de la fe de sus mayores, como también y sobre todo a extender hasta los últimos confines la fama del Califato cordobés, buscando la alianza de pueblos, grandes o pequeños, envió una embajada a José entonces rey de ese curioso país, portadora de una elegante epístola redactada en hebreo por Menahem ben Saruq. Contestó dicho soberano, también en lengua hebrea, dándole noticias de la conversión de su antepasado Bulán, juntamente con su pueblo, y noticiándole asimismo el origen de su nación, que procedía de

los búlgaros y otros pueblos moradores en otro tiempo de la Escitia y que después emigraron a las regiones del Danubio.

Pero hay algo más en el trasfondo de este episodio. Hasday tenía clavada en el alma la preocupación común a los judíos acerca de la suerte acaecida a las Diez Tribus, el reino cismático de Israel, jamás reintegrado a la tierra de sus mayores después del exilio de Nínive. Los judíos no se han resignado a creer en la desaparición definitiva, como entidad, de esa porción tan importante de Israel, que sin duda quedó absorbida entre los pueblos del Oriente Próximo y Medio; y, en consecuencia, han forjado las más fantásticas leyendas sobre la existencia de tal reino. Ya San Isidoro combatió tal creencia. Hasday creyó que el reino judaico del cual le habían llegado vagas noticias pudiera ser el soñado de las Diez Tribus desaparecidas. Pero, como dice Amador de los Ríos, "al escuchar la ingenua relación de los Hazares, no ya solamente vió disipados sus sueños de oro, sino que previó también la próxima ruina de aquel imperio", como, en efecto, sucedió dos años después.

VII.--FINANCIERO

PROVERBIAL es la aptitud de la raza judía para los negocios y actividades crematísticas, aunque en realidad más bien que cualidad ingénita haya sido fruto de la adaptación al medio y consecuencia de haberseles vedado otras tareas y ocupaciones en esos períodos tristes de su historia en que se vieron vejados y acorralados por sus perseguidores, y en trance continuo de emigración.

La figura de Hasday, tan representativa de todas las destacadas cualidades de su pueblo, sería incompleta en cierto modo, si le faltara ésta. Ciertamente que en los grandes hombres dotados de numerosas excelencias el brillo de unas parece que amortigua el mérito real de otras de menor relumbrón. Pero, aun así, destacan los historiadores esta faceta en la personalidad de este varón admirable, no la menor quizá entre las que llamaron la atención del clarividente Abd al-Rahmán. Este le

nombró director general de aduanas, cargo de excepcional importancia que suponía la absoluta confianza del soberano y una serie de relevantes cualidades y conocimientos.

El erario público, que al advenimiento de Abd al-Rahman se hallaba exhausto, gracias a la severa administración y constante acrecimiento de los ingresos, en que no cupo pequeña parte al administrador de Aduanas, alcanzó una situación próspera. En el año 951 se calculaba en unos veinte millones de monedas de oro las reservas del fisco. "El estado del país se hallaba en armonía con la próspera situación del tesoro público. La agricultura, la industria, el comercio, las artes, las ciencias, todo florecía", escribe Dozy. Los precios de las mercancías, aun de las frutas más deliciosas, eran asombrosamente exiguos. Pero esas preocupaciones materiales no ahogaron en el espíritu de Ibn Saprut sus altos ideales de cultura.

VIII.—MECENAS

UN aspecto de máxima trascendencia en la personalidad de este noble varón, el que le pone más en contacto con Al-Hakam II, el hijo y sucesor de Abd al-Rahmán, es su amor entrañable a la cultura, que le hizo magnánimo protector de las letras y las ciencias, infatigable promotor de la cultura y Mecenas generoso de poetas, filólogos, científicos y literatos.

La biblioteca real de Abd al-Rahmán, de que anteriormente hicimos mérito, acrecentada en gran parte por la solicitud incansable de Hasday y el decidido apoyo de Al-Hakam II, amante apasionado cual ninguno de la cultura y los libros, fué el exponente más cumplido del esplendor alcanzado por el Califato en las ciencias y las letras.

Este aspecto de Ibn Saprut como protector de la ilustración y el saber adquiere especial relieve en la esfera hebraica, y es objeto de merecida ponderación por los historiadores judíos. Es indudable que gracias al valimiento de tan alto personaje, junto con las favorables circunstancias que anteriormente hemos señalado, el cetro de las letras hebraicas pasó de

Oriente a España, que supo mantenerlo con honor, pese a las vicisitudes políticas, durante varias centurias. Pero esto pertenece más bien a la historia literaria, por lo cual nos limitaremos a estampar los nombres de los dos gramáticos y poetas que primero descollaron bajo los auspicios de Hasday, y que fueron los dos ilustres pioneros de ese florecimiento literario: Menahem ben Saruq y Dunas ben Labrat.

Mosé ibn 'Ezra en su *Libro de Poética* pinta este aspecto de Hasday ibn Saprut con las siguientes floridas y expresivas frases:

“En su tiempo se despertaron los ánimos adormecidos y sacudieron su sopor al darse cuenta de las obras que propulsaba aquel varón, de la nobleza y magnanimidad de sus propósitos, así como de la alteza de su alma generosa y de la rectitud y bondad de su carácter. El supo extraer para su país las aguas de las fuentes de la ciencia oriental e importar los tesoros de la sabiduría desde todas las ciudades lejanas; él fortificó las columnas de la ciencia, rodeándose de sabios procedentes de Siria y Babilonia. Los autores de su época se esforzaron en propagar la ciencia que Dios les había otorgado y los conocimientos con que Dios les había favorecido. Ellos compusieron tratados excelentes y obras maravillosas; ellos le encomiaron con poesías admirables y composiciones literarias en lengua árabe. En cambio él les distinguía mucho con su favor, facilitándoles toda clase de medios para el logro de sus fines y para llegar al colmo de sus deseos.”

Estos juicios tan halagüeños y verídicos del eminente poeta y preceptista granadino son la mejor aureola de la semblanza que en sus rasgos más salientes hemos procurado bosquejar de este hombre extraordinario, el cual llegó a las cimas de la grandeza por sus propios méritos y movido por el sincero deseo de engrandecer a su país natal. Su figura se nos ofrece, en frase de los historiadores judíos Margolis y Marx, como “la feliz conjunción de grandeza sagrada y profana, de verdadero

humanismo y ferviente judaísmo que distingue a los adalides del pensamiento judaico en la España musulmana”.

Particularidad destacada en la personalidad de Hasday es la actuación conjunta de todas, o varias al menos, de sus dotes y excelencias para la consecución de los altos fines propuestos. En todas las embajadas en que intervino personalmente, ya sea como enviado ya como introductor, puso a contribución, además de su tacto exquisito, finas maneras, rápida penetración, sutil psicología, sus dotes especiales de poligloto, su alta cultura, su expedición en los asuntos burocráticos y protocolarios. Particularmente en el resonante episodio de Sancho el Craso lució sus condiciones de estadista y diplomático de grandes vuelos, su pericia médico-farmacéutica, su inmenso “savoir-faire”. Y en la embajada del emperador Constantino VIII actúa como intérprete, traductor en materias de dicha especialidad, y hábil funcionario del gabinete diplomático califal.

* * *

Pero solamente hemos contemplado el anverso de esa maravillosa medalla —mejor diríamos medallón—, esmaltada de bellos resaltes, destellos e irisaciones que integran la fisonomía espiritual del ilustre jaenés Hasday ibn Saprut, ministro de dos grandes califas. Esa medalla tiene otra cara, un revés de menos acentuados relieves, muy distinto del anverso, pero no de valores negativos ni contrapuestos a los otros, sino simplemente distintos, de inequívocos fulgores, que dan nuevo realce y prestigio a este egregio varón. Ya comprenderéis me refiero a su condición de judío y las relaciones que mantuvo con sus hermanos de raza, cultura y religión. Este aspecto es casi único o el que más se destaca en las historias, obras y reseñas literarias que se limitan al área judaica; y aun así considerada la figura de Hasday ofrece perspectivas extraordinarias.

Ya hemos indicado la trascendencia que su valimiento tuvo en el resurgir de las letras hebraicas. Siempre gozó Hasday, por sus privilegiadas dotes personales, de inequívoco prestigio entre sus correligionarios, y a medida que crecía su influencia cerca del soberano, se aumentaba la veneración y estima en

que era tenido por la comunidad judía, cuyo jefe o *nasí* fué nombrado. Su pueblo le adoraba viendo en él un baluarte firmísimo y un blasón glorioso de su raza. Nada extraño, por lo tanto, que al regresar Hasday de su afortunada misión a tierras de Navarra, saliera a recibirle la Sinagoga entera de Córdoba, con jubilosas aclamaciones e himnos del tenor siguiente:

*“Al jefe de Judá saludad, montes,
Florezca la sonrisa en todo labio,
Himnos entone el yermo y la floresta,
Henchidos de entusiasmo.*

*Alégrese el desierto,
Florezca y dé también frutos lozanos:
De la Academia el jefe ya retorna,
Ya viene al son de jubilosos cantos.*

*Mientras estaba ausente,
La ciudad que la gracia ha decorado
Yacía mustia y triste,
Sumida en desamparo.*

*Y sus pobres gemían doloridos,
Sin ver la faz que brilla como un astro;
En tanto dominaban los soberbios,
Haciendo de nosotros sus esclavos.*

*Sus fauces ensanchaban,
Nuestras riquezas devorar ansiando;
Rugían cual leones
Y estaba nuestro espíritu aterrado,
Porque el defensor nuestro
Se hallaba ausente en un país extraño.*

*Dios nos le dió por jefe,
Y gracia ante el monarca le ha otorgado;
El le ha nombrado “príncipe”,
Y le encumbró sobre otros dignatarios.*

*Cuando él pasa delante,
No hay quien se atreva a desplegar sus labios;
Sin flechas, sin espada, con su verbo
Arrebató castillos al cristiano.”*

Digna de tallarse en mármol y cincelarse en bronce es la figura prócer de este ilustre giennense, cuya grandeza rompe los moldes estrechos de una raza y una época, para convertirse en perdurable gloria nacional. ¡Ojalá algún día campeará su estatua en el recinto de esta noble ciudad que fué su cuna! Su personalidad es tan rica en sobresalientes cualidades que, repartidas éstas, habrían podido dar la corona de la inmortalidad a varios individuos.

Muchas veces lo he repetido con palabras convincentes y definitivas del maestro Menéndez Pelayo: estos insignes personajes que florecieron en la España medieval, sean arábigo-musulmanes, sean judíos, real y verdaderamente nos pertenecen: son glorias nuestras y blasones inmarcesibles de nuestra querida España. Ya lo proclamaba el predecesor de D. Marcelino en la cátedra, D. José Amador de los Ríos, en estos términos:

“La generación hebrea desplegó los vuelos de su inteligencia y su actividad dentro de la Península Pirenaica, en las esferas de las ciencias y las letras, contribuyendo de un modo digno de madura contemplación y estudio al lustre y engrandecimiento de la cultura intelectual de Iberia.” (*Hist.* “Al lector, I, p. XIV).

Hasday ibn Saprut es una figura de primer orden representativa de ese pueblo cuyas cualidades más relevantes ostentó en grado sumo; pero se sintió estrechamente vinculado a su patria natal, y laboró con toda nobleza, generosidad y acierto por el engrandecimiento político y cultural de su país. Tuvo participación destacadísima en el auge y esplendor del Califato cordobés, tarea a la que consagró su vida entera, dando mucho más de lo que recibió. Honremos, pues, su memoria con espíritu generoso y patriótico, y admiremos los arcanos de la Providencia divina que elige de donde le place, elevándolas hasta las nubes, a esas figuras señeras, esos varones ilustres cuyo paso por el mundo deja una estela de luz inextinguible.

NOTAS

(1) El mismo J. Amador de los Ríos, en sus **Estudios históricos, políticos y literarios sobre los judíos de España** (848), ni siquiera le nombra, si bien en la **Historia social, política y religiosa de los judíos de España y Portugal** (t. I), publicada 27 años después (1875) ya le presta toda la atención que se merece, ensalzando su figura.—En ese intermedio de casi tres decenios aparecieron en el extranjero varias obras, unas de carácter monográfico sobre Hasday ibn Saprut, y otras de carácter general sobre los judíos, (Vid. infra) que pusieron en su adecuado sitio a esta gran figura, antes injustamente olvidada.

(2) José Guerra (1778) representó esta solemne escena en un hermoso relieve que se conserva en la R. Academia de San Fernando, de Madrid.

(3) R. Dozy, **Histoire des Musulmans d'Espagne**, 1861, nouv. ed. revue par E. Lévi-Provençal, Leyde, 1932; lib. III, cap. IV, p. 175.

(4) Sabida es la cristiana magnanimidad y hábil diplomacia que el Rey Santo lo propio que su Sabio hijo, Alfonso X, mostraron con los judíos.

(5) La probidad y exactitud nos obliga a consignar, y aclarar o refutar, algunas vacilaciones entre los autores acerca de la patria de Hasday; pues en tanto que la mayoría afirma taxativamente era de Jaén, algunos emplean los términos vagos de "originario", "oriundo", etc.

H. Graetz afirma: "Sus antepasados procedían de Jaén; su padre que probablemente vivía en Córdoba..." (**Historia de los Judíos**, III, cap. VII, edic. inglesa, 1941); pero, a pesar de los perennes valores que esta obra encierra, son bastantes las inexactitudes de detalle que en ella pueden señalarse.

La citada frase de Mosé ibn 'Ezra parece contraponer el lugar de su nacimiento (Jaén) con el que fué escenario de su vida (Córdoba). Apenas tendría razón de ser en este caso la referencia a Jaén como patria de sus antepasados, contrapuesto a Córdoba, si se supusiera a Hasday nacido y habitando en Córdoba. Los sobrenombres de **al-jianí** (=el jaenés) y **al-kortobí** (=el cordobés) que le adjudica designan claramente los lugares de su nacimiento y residencia. No significan otra cosa tales denominativos, cuando, como en el presente caso, se aplican a un individuo determinado: tienen carácter esencialmente personal, como ocurre en árabe, acepción y costumbre que entre judíos y árabes se han conservado hasta el día de hoy. Los ejemplos serían inacabables; citemos algunos. Maimónides se firmaba "el sefardí", como nacido efectivamente en **Sefarad** o España (Córdoba). De Selomó ibn Gabirol dice el mencionado Sr. Millán: "Málaga, patria nativa de Selomó ibn Gabirol, y ello nos explica que en algunas poesías acrósticas se designe a sí mismo con el gentilicio (?) de "ha-malaqí", el malagueño". Bahya ibn Paquda "ha-

saraqustí", el zaragozano, era de Zaragoza. El denominativo "tutilí", tudelense, aplicado a Abraham ibn 'Ezra, como a Yehudá ha-Leví, ha hecho rectificar en nuestros días la patria natal de ambos, asignándoseles la de Tudela en vez de Toledo, como por error de interpretación o de grafía se venía haciendo a base de **tolitolí**, toledano. Ishaq ben Rubén **al-Bargeloní** y Abraham bar Hiyya **al-Bargeloní** eran naturales de Barcelona.

Filoxeno Luzzato no solamente le supone nacido en Jaén a nuestro personaje, sino que afirma inició en esta ciudad sus estudios primarios. (Vid. **Notice sur Abou-Yousouf Hasdaí ibn-Schaprouf, médecin juif au Xe siècle**, París, 1852).

Amador de los Ríos en su **Historia** (I. p. 145) sigue a este autor. F. Fernández y González en sus **Instituciones jurídicas del pueblo de Israel** (1881, p. 41) dice textualmente: "Había nacido aquel sabio ilustre en la ciudad de Jaén". Bonilla y San Martín en su **Historia de la Filosofía Española** (t. Judíos, p. 90) dice: "Era Abenhasdai natural de Jaén, donde se había establecido su padre. Los concienzudos historiadores judíos Margolis y Marx en su **Historia del pueblo judío** consignan asimismo que era natural "de Jaén".

Las enciclopedias y diccionarios ilustrados judíos consignan igualmente Jaén como el lugar de su nacimiento y primera instrucción.

Después de todos estos testimonios y razones creemos no puede ponerse en duda que la patria natal de Hasday ibn Saprut fué Jaén.

(6) Es la fecha que generalmente se señala, si bien algún autor la fija en el 990 y algún otro en 975, con escaso fundamento.

(7) Puede verse nuestro estudio "**El Médico en la Biblia**", publicado en la revista *Actualidad Médica*, de Granada, mayo 1945. — Item "**La Medicina y los Médicos hispano-judíos en la Edad Media**", *ibíd.*, octubre 1946.

(8) En árabe **tiryaq** (o diryaq), y en hebreo **tirayayq**, del griego **thériaké**, antídoto, contraveneno.

(9) En el convenio celebrado en Córdoba se estipuló que al atacar el ejército árabe el reino de León, los navarros invaderían Castilla, con el fin de atraer hacia ese lado las fuerzas de Fernán González, el terrible enemigo del Islam. Así se efectuó ese mismo año de 960 en que, según lo pactado, Sancho con ayuda del ejército árabe fué repuesto en el trono, y con tan buena fortuna, que hicieron prisionero al corifeo castellano. Desde ese momento la causa de Orduño IV el Malo, estaba perdida. Odiado y despreciado de todos, sólo por la influencia de Fernán González, del cual era hechura, había podido mantenerse en el trono.

(10) E. Lévy-Provençal, **L'Espagne musulmane au Xe siècle**, 1932, p. 113.

(11) El hecho, rigurosamente histórico, fué aprovechado por Yehudá ha-Leví para la trama de su novela filosófica al par que apología del judaísmo, el **Cuzarí**.

(12) Véase amplia reseña sobre este episodio en J. Amador de los Ríos, **Historia de los Judíos**, I, Apéndice VI, pp. 538-545.